

CARLISTAS Y LIBERALES

Marta Gutiérrez Balzátegui

RESUMEN

El carlismo mallorquín vive unos años de gran intensidad durante el Sexenio Democrático. De todo ello dan buena cuenta los cinco periódicos carlistas que durante estos seis años se publican en Mallorca. Se proponía esta prensa carlista mostrar los peligros que aguardaban a la sociedad con la llegada del Liberalismo y de los partidos liberales. Esta "idea nueva" que quería implantarse en toda España era denunciada, de forma permanente, por los carlistas mallorquines pues aseguraban que provocaba desorden, anarquía, ateísmo, anticlericalismo y pérdida de valores morales y humanos. Junto a ello, otro aspecto había quedado en evidencia: el desengaño de los partidos liberales. El ansiado liberalismo, en definitiva, no había hecho más que provocar la inestabilidad del país.

PALABRAS CLAVE

Carlismo, Mallorca, Sexenio Democrático, Liberalismo, Prensa carlista.

ABSTRACT

Mallorcan Carlism enjoyed a few years of great influence during the Six Year Democracy. The five Carlist newspapers that were published in Mallorca during these years gave a good account of this. These Carlist newspapers focused on showing the dangers to society of liberalism and the liberal parties. This "new idea" that was seeking to dominate the whole of Spain was definitively denounced by the Majorcan Carlists because they claimed that it brought about disorder, anarchy, atheism, anti-clericalism and the loss of moral and human values. Moreover, another aspect that had been highlighted is the disenchantment with the liberal parties. Long-awaited liberalism, in short, had done nothing more than cause instability throughout the country.

KEY WORDS

Carlism, Mallorca, Six Year Democracy, Liberalism, Carlist newspapers

Es un hecho irrefutable que dentro del carlismo los personajes mallorquines tuvieron una gran importancia durante todo el siglo XIX.

Y es que siempre aparecerán títulos y apellidos mallorquines alrededor de los reyes carlistas. De la relación de los 103 aristócratas vinculados al carlismo que Alfonso Bullón de Mendoza expone en su libro *La Primera Guerra Carlista*¹ ya encontramos representación de la nobleza mallorquina como el Marqués de la Romana (G. de E.), y el Marqués de Vivot. Pero sin duda, no fueron los únicos. Habrá más familias entre la nobleza y la aristocracia de esta isla que apoyarán el carlismo... Me permito asegurar que apellidos como Sureda, San Simón, Zaforteza, Quint-Zaforteza,

¹ BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso, *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Ed. Actas, 1992, p. 501.

Gual de Torrella, Villalonga, Dameto, Morell... o el conde de España, no les resultarán desconocidos. Algunos de ellos formarán parte del círculo más íntimo de Don Carlos de Borbón y Austria-Este, Carlos VII para los carlistas, y de su familia. A modo ilustrativo, Los marqueses de la Romana –D. Pedro Caro y Álvarez de Toledo y su mujer Doña Elisabeth Széchényi–, quienes acompañaron a D. Carlos por Europa en su exilio, y D. Juan Dameto, alguien muy querido para Don Carlos, y muy parecido a una figura paternal para la reina Doña Margarita. Además, desde Mallorca, tal y como se relata en periódicos liberales y republicanos, se enviaban hombres y dinero destinados a financiar y a ayudar a la Causa². Sin embargo, no repasaremos el carlismo en Mallorca en su totalidad, hecho que nos llevaría a extendernos más allá del tiempo marcado para esta conferencia, dada la amplitud del tema, sino que nos limitaremos a un espacio de tiempo muy concreto, el Sexenio Democrático, (período de nuestra Historia que abarca desde los años 1868 a 1874), pues estos años que mediaron entre la caída de Isabel II y el comienzo de la Tercera Guerra Carlista fueron, sin duda, los más activos y dinámicos de la Historia del Carlismo mallorquín. Nos ceñiremos además a su reacción frente a la aparición del Liberalismo.

La fuente fundamental en la que se basará esta conferencia, será la prensa escrita carlista mallorquina. Nos hemos ayudado también para complementarla con otras publicaciones de la isla, contemporáneas a ésta y de diferentes ideologías. Y es que la prensa española comenzará a jugar un papel muy importante a partir de la Revolución de Septiembre de 1868, también conocida como “La Gloriosa o la Septembrina”, que como Vds. saben fue una sublevación militar con elementos civiles que tuvo lugar en España en septiembre de 1868 y que supuso el destronamiento y exilio de la reina Isabel II y el inicio del período denominado Sexenio Democrático. El movimiento triunfante en septiembre de este año no puede ser considerado de ninguna manera como uno más de los pronunciamientos decimonónicos que trataban de sustituir el Gobierno, moderado o progresista, como señala el historiador Federico Martínez Roda³, sino que ahora se trataba de sustituir el régimen isabelino y a ello se aprestaron bajo el lema que se hizo famoso: “Viva España con honra”.

La sociedad no quería quedarse al margen de todos los profundos debates que se planteaban y es por ello que será precisamente la Prensa, de todos los signos, la encargada de proporcionar a esta sociedad unos ojos con los que divisar el mundo. El hecho de llevar la política a la prensa fue consecuencia además del rol de “investigadores de la verdad” –cada uno de la suya, evidentemente– que asumieron los periodistas de la segunda mitad del siglo XIX. El número de periódicos y de lectores interesados por saber todo aquello que sucedía en este terreno, presentó durante estos años un crecimiento exponencial. Todos los partidos políticos buscaban tener su propio órgano de prensa para que sus lectores pudiesen conocer la opinión de su partido sobre cualquier hecho que sucediese. Veremos entonces cómo en la prensa carlista mallorquina se defenderá a ultranza la subida al trono de la rama carlista para luchar contra un liberalismo que, como escribían una y otra vez, no traía más que el

² *El Iris del Pueblo*, “Los sueños de un carlista”, 19 de febrero de 1873.

³ MARTÍNEZ RODA, Federico, “El Sexenio revolucionario (1868-1874)”, en *Historia de España Contemporánea*, Dir. Javier Paredes, Barcelona, Ed. Planeta, 2010.

desorden, la anarquía y la pérdida de valores morales y humanos. Sus lectores serán una heterogénea amalgama a quien unía un objetivo común y unos proyectos principales. A través de sus páginas hemos podido conocer además cuáles eran los intereses, preocupaciones y esperanzas de los carlistas mallorquines. La importancia del carlismo dentro de la vida política de la isla durante estos seis años fue incuestionable y ello queda patente en el hecho de que contase nada menos que con la publicación de cinco periódicos. Los periódicos que salieron a la luz durante este espacio de tiempo fueron:

- 1.- *La Almudaina*, Periódico Católico Monárquico, que se publicará desde enero de 1869 hasta marzo del mismo año.
- 2.- *El Cruzado*. Diario católico, publicado desde diciembre de 1869 hasta julio de 1870.
- 3.- *La Constancia*. Periódico Católico Monárquico de Palma de Mallorca. Desde abril de 1871 hasta enero de 1873.
- 4.- *La Honda Carlista*. Periódico Político. Desde octubre de 1872 hasta enero de 1873.
- 5.- *El Tradicional*. Periódico Católico-Monárquico de Palma de Mallorca. Desde febrero de 1873 hasta septiembre del mismo año.

Pueden consultarse en la Biblioteca Lluís Alemany y en la Biblioteca March.

Me gustaría dejar aquí constancia de un dato que creo interesante: y es que no conocemos apenas los nombres de los redactores y colaboradores de estos periódicos, debido a la censura imperante y a las consecuencias de ella derivadas. Pero a tenor de los diferentes artículos en ellos escritos no sería aventurado afirmar su alto nivel cultural.

En los cinco periódicos de estos años, se pueden encontrar tres líneas comunes:

Por un lado, la presentación de un desolador y deplorable estado en el que se hallaba sumida Mallorca –y toda España– desde que estallase la Revolución de Septiembre.

Por otro, un tema que alarmaba a los carlistas mallorquines: el ateísmo y el anticlericalismo que el liberalismo traía consigo.

Y, por último, el desengaño de los partidos liberales.

Desde 1860, después del desembarco de tropas en San Carlos de la Rápita al mando del general Jaime Ortega y Olleta, el Carlismo se encontraba sumido en un periodo de inactividad. Es decir, que entre la “Ortegada” y “la Gloriosa”, no habrá ningún momento para destacar y sí de incertidumbre sobre el futuro del carlismo.⁴ Sin embargo, creo interesante siempre subrayar que los silencios del Carlismo en ese momento, como sucede en la música, resultaron importantes... Manteniéndose alejado de la política, el Tradicionalismo se había ido reponiendo así de las guerras y de sus derrotas anteriores.

Decían los carlistas mallorquines que el estado de perturbación en el que el país estaba sumido y las hondas divisiones del partido liberal serían dos de las razones más poderosas por las que el partido carlista se estuviese preparando para entrar en

⁴ WILHELMSEN, Alexandra, *La formación del pensamiento político del carlismo (1810-1875)*, Madrid, Ed. Actas, Colección Luis Hernando de Larramendi, 1998.

campana. La causa carlista estaba muerta pero su vuelta a la vida era debida “al magnetismo producido por la pila voltaica de los desaciertos de sus adversarios”.⁵ “Con su conducta –dejó escrito Don Carlos– el gobierno ha hecho carlistas a muchos que militaban en otros campos”⁶. Todo ello les proporcionaría la fuerza suficiente no sólo para volver sino para quedarse, y con bastante éxito.

Después de los sucesos de 1868, la Comunión Católico-Monárquica –nombre que adoptarían tras la Revolución de septiembre del 68– tomó parte, ahora sí, en los acontecimientos políticos de España. Incorporó a sus filas políticos e intelectuales que hicieron posible convertirlo en muy poco tiempo en un partido con peso suficiente dentro de la vida política nacional. Incluso los mismos periódicos liberales mallorquines calificaban de “fenómeno verdaderamente extraordinario”⁷ el hecho de que un partido como el carlista, muerto años atrás, se hubiera convertido en una opción política cada vez más numerosa, una opción hacia la que se empezaba a mirar como el único puerto de refugio en la tormenta por la que la nación española estaba pasando.

Valiéndonos de este medio, el de la prensa escrita carlista, hemos podido examinar y analizar cómo se desarrolló en Mallorca el resurgimiento y la evolución de la Comunión Católico-Monárquica así como los aspectos políticos, sociales y culturales que la caracterizaban. De los múltiples acontecimientos que durante estos seis años se sucedieron y que revolucionaron esta isla dará cuenta la prensa carlista llegando incluso a ser sus artículos las únicas referencias que tenemos para poder reconstruir cómo lo vivieron los carlistas mallorquines. Esta prensa se convertirá en una guía indispensable para seguir sus pasos y dar seguimiento también a las polémicas que mantuvieron con periódicos de otras ideologías. Podemos así conocer cómo se abordan temas tan interesantes como las clases obreras y el socialismo, las clases privilegiadas, la abolición de clases, el comunismo, la propiedad, el capital, el derecho de herencia, las huelgas, etc. Se proponía esta prensa carlista mostrar los peligros que aguardaban a la sociedad con la llegada del liberalismo y de los partidos liberales.

Desde las páginas de los periódicos carlistas se combatirá el liberalismo, el ateísmo, el republicanismo y el socialismo, los nuevos Jinetes del momento apocalíptico que se estaba viviendo desde la Revolución de 1868. Constantemente presentarán los periódicos carlistas a sus lectores el panorama desolador que había traído la Revolución de Septiembre tanto en el terreno político como en el económico, social y moral. Una revolución a la que tildaban de descabellada e improvisada y que chocaba frontalmente contra un Tradicionalismo que no podía ser de ningún modo revolucionario, porque, decían, la tradición era evolución, no ruptura... Se estaba viviendo un momento de una verdadera lucha de ideas y de tendencias y el combate se presentaría entre aquellos que defendían la “nefasta idea nueva” –como llamaban los carlistas al liberalismo– y quienes aseguraban que sólo la Monarquía Pura, en la

⁵ *El Diario de Palma*, 25 de febrero de 1869.

⁶ URIGÜEN, Begoña, *Orígenes y Evolución de la Derecha Española: El neo-catolicismo*, Editorial CSIC–CSIC Press, 1986.

⁷ *El Isleño*, “El Carlismo”, 11 de marzo de 1870.

persona de Carlos VII, y la Religión podrían salvar la nación del momento que estaba viviendo.

El liberalismo que se intentaba implantar era para los carlistas mallorquines incompatible con sus costumbres, leyes y necesidades. Puede que residiese aquí parte del problema pues eran muchos los españoles que pensaban que la Tradición era asunto de suma importancia en la Historia de una nación. Se lamentaban los carlistas mallorquines de que se quería en la España, que los liberales y republicanos llamaban moderna, privarla de su historia de doce siglos. Se quería pintar un futuro renegando de su pasado...

El peor error, aseguraban, que se estaba cometiendo en España en estos momentos de confusión era el haber abjurado ésta de sus antiguas instituciones y costumbres. Se había querido acabar con lo antiguo y edificar radicalmente con materiales importados de tierra extraña esta idea nueva. Y este error la había convertido en una nación trastornada en sus cimientos más profundos y la estaba conduciendo hacia una situación insólita y en extremo peligrosa, hacia un desquiciamiento político y social, hacia un desgraciado porvenir.

Los carlistas mallorquines escribían también en sus artículos que la sociedad había entrado en unos grados de alarma cuya escala iba *in crescendo* a medida que avanzaba el tiempo desde la Revolución de Septiembre y el derrocamiento de Isabel II, empezando por el hecho de que Isabel II había sido, en nombre de la libertad verdadera, destronada por los mismos liberales que la habían encumbrado. Recuerdan que cuando se vio precisada a huir sola y abandonada, algunos la compadecieron, pero nadie la defendió. Detrás de ella dejó a los que en otro momento la favorecieron, uniéndose entonces para establecer un nuevo orden de cosas.

Se había prometido además en nombre de esta libertad el orden necesario para la prosperidad de los intereses de los ciudadanos sin conspiraciones ni trastornos. Pero los carlistas mallorquines afirmaban que, lejos de alcanzar una situación política idílica de derechos y libertades con la que los liberales soñaban para España, la situación política española se transformaba en una realidad recorrida por toda suerte de tensiones, crisis y revueltas. Afirmaban los carlistas mallorquines que el ansiado liberalismo no había hecho más que provocar la inestabilidad del país.

Y mientras tanto las novedades en el terreno político y social se sucedían a una velocidad vertiginosa. En la nueva Constitución de 1869 se recogían los avanzados principios ideológicos en los que se había basado la revolución: la soberanía nacional, el sufragio universal, la libertad de imprenta, la descentralización, la desaparición de impuestos de consumos, el matrimonio civil, el derecho de asociación y de culto... No siempre eran éstas fáciles de asimilar por todos aquellos que asistían como atónitos espectadores a la implantación de esta idea nueva en la sociedad mallorquina.

El periódico carlista *La Almudaina* definía en 1869 al Liberalismo como un fenómeno político cuya manera de gobierno, así como los resultados de éste –sus obras– eran frutos de la intolerancia y del despotismo, un fenómeno político que rechazaba los grandes ejes de la civilización –la justicia y el derecho– y que se mostraba solamente partidario de la fuerza, todo ello incrementado de una manera

exponencial cuanto por más liberal se tenía un partido⁸. Los carlistas mallorquines escribían que las doctrinas liberales eran hijas del protestantismo e incluso del paganismo, que eran un conjunto de principios inmorales y anti-católicos⁹. El pueblo se había desmoralizado, prostituido, se había vuelto ateo y escéptico (...) y con la desmoralización de los pueblos llegaba la muerte de las sociedades.

Todas estas “razones” eran suficientes para que fuera desechada tan “descabellada doctrina” y no se dejaba de animar a todos los españoles a unirse a sus filas y a militar en su campo “para levantar una cruzada contra tan destructor sistema”. Ahora deberían demostrar los españoles su patriotismo, decía el periódico carlista *La Constancia*, puesto que la apatía y la indiferencia en los momentos por los que atravesaba España eran consideradas como “un crimen digno del peor castigo”.

Estaba claro el futuro de España si no ponían remedio: el liberalismo acabaría con ella. Aseguraban los carlistas que las doctrinas liberales no traían ninguna mejoría a la sociedad y, por lo tanto, no podrían ser consideradas como progresos del siglo XIX.

Otra de las claves del peligro que esta idea nueva como forma de poder político llevaba impresa en sí misma era el “prescindir demasiado del poder de Dios y olvidar que toda autoridad venía de lo alto”, decían los carlistas mallorquines. La cuestión religiosa se encontraba en el centro de prácticamente todo debate político del Sexenio mallorquín. Y es que la religión era un tema que despertaba todas las alarmas de los carlistas mallorquines ya que, según ellos, el liberalismo, traía consigo, el ateísmo y el anticlericalismo. Se había extendido, según escribían, la “clerofobia de los triunfadores”.

Uno de los mayores errores del liberalismo, explicaba Juan Mañé y Flaquer, periodista liberal, a principios de 1870, era que no había podido probar que traía la libertad y la justicia para todos. Y no lo había demostrado por ejemplo con los católicos: hubiera sido necesario convencerles de que la libertad religiosa, de asociación y de imprenta no eran armas de combate para destruir sus creencias, ni medios de persecución contra el culto católico y sus ministros.¹⁰

Escándalo mayúsculo fue el artículo 21 de la Constitución de 1869 en cuanto a la libertad de cultos. En su TÍTULO PRIMERO. *De los españoles y sus derechos*, el artículo 21 establecía lo siguiente: “La Nación se obliga a mantener el culto y los ministros de la religión católica. El ejercicio público o privado de cualquier otro culto queda garantizado a todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho. Si algunos españoles profesaren otra religión que la católica, es aplicable a los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior”.

La cuestión religiosa era y sería por mucho tiempo en Mallorca una cuestión capital en torno a la que gravitaban todas las demás cuestiones que podían plantearse en la sociedad, porque para los católicos la verdad religiosa era el origen y la fuente de todas las demás verdades. Será la unidad religiosa, decía *La Almudaina*, el

⁸ *La Almudaina*. “Pensamientos o máximas”. 21 de enero de 1869.

⁹ *La Constancia*. “¡¡Atrás el liberalismo!!”, 24 de mayo de 1871.

¹⁰ *El Isleño*, “El Carlismo”, 11 de marzo de 1870.

fundamento indispensable en todas las demás unidades pues éste se fundamenta en la ley de la moral.

Prueba de ello fue la exposición contra la libertad de cultos: la Asociación de Católicos (en la Enciclopedia de Mallorca describen a la Asociación de Católicos de Palma como una organización religiosa erigida en Palma en 1869 para combatir las consecuencias religiosas de la revolución liberal de 1868) había presentado una exposición a las Cortes firmada por más de cien mil mallorquines en apoyo a la religión católica y pidiendo la unidad religiosa en 1869. Ya lo habían hecho en 1855 y también lo volverán a hacer en 1876. La libertad cultos se convirtió en un asunto crucial en la lucha del carlismo contra estas nuevas “ideas” que el liberalismo pedía instaurar en España. La ley de libertad de cultos de 1869 lo que consiguió fue que la gran mayoría de votos de los católicos “huyera” asustado y alarmado a refugiarse dentro del Tradicionalismo. De hecho, su acérrima defensa a la unidad católica les valdría dos años después la victoria de las elecciones a diputados en 1871. Los carlistas mallorquines elegidos como diputados a Cortes fueron: Manuel Sureda y Boixadors, hijo de los marqueses de Vivot, Adolfo Roten y Guzmán, marqués de Campofranco, Jorge de San Simón Montaner, Marqués del Reguer. Su hermano, Luis San Simón y Montaner, Conde de San Simón, se casó con Julia Ortega Ballesteros, hija del General Jaime Ortega Olleta. José Quint Zaforteza y Togores, casado con Margarita Caro Salas, hermana de Pedro Caro Salas, IV marqués de la Romana, y Guillermo Verd Y Reura.

No hay que olvidar que la sociedad hasta la caída del Antiguo Régimen era una sociedad en la que el peso de la Iglesia había sido fundamental, aunque también es verdad que con el desarrollo de los acontecimientos irá entrando –aunque lentamente– en un proceso de cambio y de modernización. No hay que olvidar tampoco que la Iglesia y la sociedad eran dos mundos que difícilmente podían ser separados y que la sociedad mallorquina había estado muy influida por el peso de la Iglesia.

No es arriesgado afirmar que las medidas que tomaron los gobiernos liberales en contra de la Iglesia serían el motivo que impulsara al clero a favorecer al carlismo a través de sus sermones. En ellos se criticaba la Constitución intentando inclinar al pueblo, si es que no lo estaba ya, en contra del nuevo régimen liberal, un pueblo como el mallorquín muy, muy religioso.

Fueron estos años, como vemos, un período agitado y convulso, de grandes cambios que con frecuencia derivaron en bruscas alteraciones tanto políticas como sociales y que llegaron a trastocar la normalidad de la vida de los mallorquines. Será causa y consecuencia de todo ello el que durante estos años, en Mallorca, como en el resto de España, surgieran nuevos partidos, como el republicano, o reaparecieran otros, como el carlismo, despertando de su letargo, para intentar ocupar el vacío que dejaban los grandes partidos medios que no eran capaces de resolver las inquietudes, preocupaciones y temores que turbaban a aquella sociedad. Además, el fin del bipartidismo se presentaba ahora como el resultado de una tormenta perfecta que se había ido formando con la corrupción y con el desprestigio de estos partidos medios, siendo ellos mismos –aseguraban los carlistas de Mallorca– su peor enemigo.

Afirmaban rotundamente desde sus periódicos que serían los partidos liberales los responsables de haber traído la ruina y la deshonra a la nación a pesar de todas sus embaucadoras promesas. Les acusaban de sumir a España en un profundo caos y de llevarla al borde del abismo.

Una y otra vez insistirán en sus artículos en que las virtudes que se suponía enarbolaban los partidos liberales como el orden, la paz, la moralidad y la justicia, habían quedado atrás dando paso a las tiránicas libertades de la revolución. Por todo ello, el liberalismo sería tildado continuamente de descabellada doctrina y de sistema destructor.

Criticaban los carlistas la conducta y la actuación de los partidos liberales, conductas llenas de ilegalidades y que originaba con ello la inestabilidad del país que derivaba a su vez en multitud de intereses amenazados ante la inquietud que tal conducta producía.

Para los carlistas mallorquines, los principales defectos de los que adolecían estos partidos políticos eran: por un lado, que no podía decirse de ellos que tuviesen “miramiento a lo pasado”, además de observarse en ellos una gravísima falta de “consideración a lo presente” y, por otro, de no ser capaces de “vislumbrar lo que pudiera suceder en el porvenir” aferrándose cada uno a su sistema con una “tenacidad inquebrantable”. Además, no les creían capaces de regenerar y dirigir el futuro de España debido a su falta de principios en la ciencia política y social, por su carencia de ideas fijas en sus sistemas gubernamentales y económicos y por la ausencia completa de convicciones en sus teorías. Les acusaban también de que, con sus constantes engaños y falsas promesas, tanto estando en la oposición como cuando llegaban al Gobierno, causaban su descrédito. Era esta desconfianza en los partidos liberales – después de lo que de ellos se esperaba – lo que estaba desequilibrando políticamente a la nación. Y es que, a pesar de todas sus embaucadoras promesas, la empleomanía, la ruina de la Hacienda española, las mentiras en los presupuestos económicos, los engaños en cuanto a la desaparición de las quintas, el querer hacer fortuna desde la política y el favoritismo del que abusaban todos los partidos liberales habían traído la ruina y la deshonra al país. Todo ello sin olvidar, las dificultades internas de los partidos que en aquel momento se encontraban en el gobierno de la nación.

El liberalismo y sus representantes tenían además dos caras, decían los carlistas de Mallorca: la del liberalismo opositor, que olvidándose siempre de su “pasado y de sus prácticas de gobierno”, prometía al pueblo leyes y derechos que después era incapaz de cumplir, y la del liberalismo ministerial, que gobernaba contra las promesas hechas anteriormente, oprimiendo al pueblo a la vez que gritaba que su lucha era una lucha por la libertad y por la legalidad. Así les sucedía, decía *El Tradicional* en 1873 en un artículo llamado “Los liberales en la oposición”, tanto al Partido Moderado, a la Unión Liberal como al partido Progresista Radical: “El Liberal opositor, poeta por temperamento, cuando no por conveniencia, olvida sus prácticas de gobierno, y dejándose arrastrar por su fantasía, se forma un bello ideal ante cuyas aras, cual ruiñeñor, canta y trina y sus cantares y trinos alagan y seducen a los ignorantes, y sus promesas son sueños dorados que el tiempo se encarga de

destruir. Cuando llega ese tiempo, entonces el pueblo conoce, aunque tarde, que era mera poesía lo que le había entusiasmado y llora un nuevo y terrible desengaño”.

Y además añadían que “el liberalismo en su infinidad de variantes ensayado, aumenta progresivamente el mal que nos consume” e incluso, escriben: “así lo ven muchos de los liberales que se sienten espantados ante “su destructora obra”, y que han retrocedido en el camino del liberalismo siendo “calificados de facciosos por sus antiguos compañeros”. Lo único que se puede esperar de este desgraciado sistema, repiten una y otra vez, es sólo la desolación, la miseria y el exterminio. Por ello, aseguran, no puede haber salvación posible dentro del liberalismo.

Decía también *El Tradicional* en este mismo año de 1873 que habían conseguido los partidos liberales en este siglo de revoluciones y trastornos, imponer su voluntad al país, proclamando primero la monarquía democrática y luego la República, para después “hacerle olvidar por breves momentos sus tradiciones gloriosas, y las magníficas epopeyas que registra la historia de las monarquías españolas”. España siempre fue monárquica de corazón, aseguraban desde *El Tradicional* pero esta España que “por sus glorias nacionales, por sus tradiciones, por sus necesidades” había sido siempre esencialmente monárquica, “es hoy, ¡raro contraste!, republicana”, decían. Al convertirse todos los partidos liberales en republicanos, la España liberal se convirtió en republicana...

Y se preguntaba, precisamente, *El Tradicional*, un 26 de febrero de 1873, cómo era posible que la monárquica España hubiera cambiado en un instante y con una admirable indiferencia su forma de gobierno. La explicación, dice, podría ser que la crisis que se vivía en España no era solo política, sino social, que esta transformación con ser tan radical, tan opuesta a todas las tradiciones nacionales, no era tanto una metamorfosis política como un principio y una condición de trastornos más profundos que afectaban a las entrañas mismas de la sociedad.

Sentían los periódicos carlistas como un deber y una obligación, ante la insostenible situación que España estaba viviendo denunciar todo aquello. Buscaban que tanto los propios mallorquines como el resto del pueblo español abriesen los ojos y vieran realmente quién era el que luchaba por su libertad y quién, en verdad, era el que labraba su ruina.

Aseguraban ser la única vía de salida de esta fatal situación. El partido revolucionario, un partido al que consideraban torbellino, tempestad, sacudimiento social, caos, anarquía y destrucción se encontraría de frente al partido carlista, opuesto a aquel en principios y aspiraciones e identificándose a sí mismos con la tranquilidad, el orden y el verdadero progreso. Desde sus páginas los carlistas mallorquines escribían que lo que España necesitaba de una manera acuciante era una nueva Reconquista.

Decía nuevamente *El Tradicional* en este mismo año: “Hoy que el liberalismo está removiendo toda la sociedad europea, conmoviéndola, desquiciándola, y destruyéndola, estamos seguros de que la reacción vendrá a regenerarnos. Las revoluciones, a nuestro humilde entender, no tienen más fin que el de preparar más fácilmente la reacción [...]”. El carlismo era entendido de esta manera: como una brusca reacción con efectos beneficiosos. Aseguraban que de ello se beneficiaría tanto

la ley pisoteada impunemente como la autoridad continuamente burlada y escarnecida que provocaban una cada día más y más difícil situación política en España.

Ante la situación de caos y vértigo que se estaba viviendo, se aseguraba desde *El Tradicional*, que al pueblo “que vive huérfano de una libertad verdadera se le presenta esta disyuntiva: “o aguardar indiferente el ateísmo más espantoso, la perturbación de la familia y el saqueo de la propiedad o volver los ojos hacia los que derraman su sangre por la mejor de las causas, por la causa de la verdadera libertad”¹¹. Sólo un rey como Carlos VII sería la salvación de la patria. Era imposible que ante tal situación la reacción no llegase pues la vida del liberalismo era la muerte de la sociedad

Mientras tanto, a pesar del rechazo del Carlismo al sistema liberal, los carlistas decidieron desde el primer momento su participación en él, entrando así en el juego parlamentario antes de tomar medidas menos pacíficas. Don Carlos, sin embargo, estimulaba simultáneamente a la prensa y a los representantes en las Cortes a la vez que al grupo que llevaba los preparativos militares. Su política era intentar hacer algo por medios pacíficos pero prepararse para la guerra por si fallaban, aunque no tenía muchas esperanzas puestas en los frutos de la lucha legal.

En abril de 1872 Don Carlos se decantaba otra vez por la lucha armada. La orden de alzamiento debería ser dada el 21 de abril en toda España “al grito de ¡Abajo el Extranjero! ¡Viva España! ¡Viva Carlos VII!”¹². Una guerra civil que comenzaría tímidamente en 1872 pero que prendería con gran virulencia y tardaría cuatro años en concluir.

Para finalizar esta conferencia permítanme una reflexión, una observación y una cita. Una reflexión:

No es este el momento ni el lugar para entrar a valorar el trato de la Historia para con el Carlismo, pero permítanme que les diga que, en mi opinión, se tiene una visión sesgada, muy parcial, de lo que el Carlismo realmente representaba y a quiénes representaba, esto es, a una gran parte de la población que fueron también hijos de su tiempo. Sería recomendable una relectura más relajada de estos acontecimientos y no valorarlos bajo la perspectiva de quienes vivimos en el siglo XXI. Lo que sí es cierto es que la causa carlista ahondó de forma muy profunda en la sociedad mallorquina y que fruto de este apasionamiento, tan típico del romanticismo español, permitió aflorar y convertir a la Prensa carlista mallorquina de la época en altavoz mediático de las transformaciones que la propia sociedad estaba viviendo.

Una observación:

No sé si a ustedes les ha pasado lo mismo que a mí mientras redactaba esta conferencia. Muchas veces no sabía si estaba en 1873 o en noviembre de 2020 dada la semejanza de los acontecimientos.

Y una cita:

Ya lo decían los clásicos: “Nihil novum sub sole...”, nada nuevo bajo el sol.

¹¹ *El Tradicional*, “El Patriotismo de los Liberales”, 7 de marzo de 1873.

¹² FERRER, Melchor, *Historia del Tradicionalismo Español*, Tomo XXIII, Vol. I. Sevilla, Ed. Católica Española, 195?, doc. 162, p. 188.